

CUADERNOS DE HISTORIA 32

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS

UNIVERSIDAD DE CHILE MARZO 2010: 77 - 98



EL EJÉRCITO DE *CRISTO REY*. MOVILIZACIÓN CATÓLICA EN BUENOS AIRES, 1934-1945

Luis Alberto Romero

RESUMEN: En octubre de 1934, con ocasión del Congreso Eucarístico Internacional, un millón de católicos se reunieron en Buenos Aires y exhibieron su fe y su adhesión a la Iglesia. Durante diez años, esas manifestaciones fueron habituales, y fueron parte de la movilización política de los católicos –el ejército de *Cristo Rey*–, en una época de fuerte polarización política. En esta presentación estudiamos las características de esa movilización, que combinó de una manera única y no repetida posteriormente tres elementos: la Iglesia jerárquica, los militantes católicos y la masa de católicos comunes.

PALABRAS CLAVE: política, iglesia, católicos, nacionalismo, barrio, parroquia.

THE ARMY OF CRISTO REY. CATHOLIC MOBILIZATION IN BUENOS AIRES, 1934-1945

In October, 1934, on the occasion on the International Eucharistic Congress, one million Catholics gathered at Buenos Aires to show their faith and support to the Catholic Church. Those public meetings went on for ten years, as part of a Catholic political mobilization –The Army of Cristo Rey– in times of a strong political radicalization. This paper

* Profesor. Investigador Principal del CONICET, Argentina, en el Instituto “Ravignani” de la Universidad de Buenos Aires. Laromero@fibertel.com.ar.

examines the characteristics of this phenomenon, which combines in a unique way three elements: the hierarchy of the Church, Catholic activists and common Catholic believers.

KEY WORDS: Politics. Church. Catholics. Nationalism. Neighborhood. Parish.

Recibido: noviembre 2009

Aceptado: enero 2010

Introducción

El 14 de octubre de 1934, más de un millón de personas se reunieron en torno de la cruz alzada en Palermo, en la jornada final del Congreso Eucarístico Internacional. Fue una reunión multitudinaria, pero llamativamente ordenada, manejada desde un micrófono por el locutor oficial. La celebración final estuvo precedida de confesiones y comuniones masivas: 100.000 niños y 200.000 hombres. Todos juntos cantaron el Credo, para que los oiga Dios, pero no solo Dios. Antes de la ceremonia final, fue el turno de los militares, quienes rindieron honor a la bandera, a la patria y a Dios, escenificaron la nueva relación entre la Iglesia y el Ejército. Finalmente, se oyó la voz del Papa afirmando: *Cristo vive, reina e impera.*

Desde entonces, y hasta fines de 1945, los católicos siguieron movilizados, en Buenos Aires y en otras ciudades del país. Participaron en el combate por el dominio de las calles y de la opinión, que era una parte del gran conflicto que desde entonces y hasta el ascenso de Perón dividió a la opinión política. Los católicos se alinearon con otros grupos nacionalistas y de derecha, y se sumaron a lo que en un momento se llamó el Frente Nacional, pero sobre todo libraron su propio combate: arrancar distintas concesiones a un Estado laico en franco retroceso y, desde 1943, cuando los militares tomaron el poder, tratar de conquistarla para instaurar, a través de él, el nuevo orden cristiano.

En este texto se examina esta experiencia de movilización política de los católicos en la Argentina en la primera mitad del siglo XX, en un contexto de fuertes modificaciones en la relación entre la Iglesia y el Estado. Examinaremos la forma y alcance de esa movilización, que incluyó a la jerarquía, a la militancia laica y a muchos de los católicos comunes, entre el Congreso Eucarístico Internacional de 1934 y el advenimiento del peronismo en 1945. Examinaremos primero la posición de la Iglesia ante el Estado y su inserción en la sociedad entre finales del siglo XIX y 1930. Luego identificaremos los distintos grupos del catolicismo movilizado y las características de esa coyuntura. En particular, consideraremos un caso en el que es posible percibir la movilización de la parte

más extensa y a la vez más pasiva del mundo católico. Finalmente, esbozaremos las razones de la rápida desmovilización que se produjo luego del advenimiento del peronismo.

Hacia 1930: la Iglesia, el Estado y la política¹

En 1930 –año de crisis económica y revolución política– se cierra la larga etapa formativa de la Argentina moderna y comienza un período de ajuste conflictivo en el que la movilización católica alcanzará su culminación. Dos motores impulsaron la construcción de la Argentina moderna: un sostenido crecimiento económico, fundado en las exportaciones agropecuarias, y una profunda transformación de la sociedad, desencadenado por la inmigración masiva. Aquella fue una sociedad móvil, igualitaria e integrativa. También, era mayoritariamente católica, aunque escasamente practicante, en comparación con otras sociedades hispanoamericanas contemporáneas.

La inmigración incluyó un número significativo de practicantes de otras religiones, a quienes la Constitución de 1853 aseguró la libertad de cultos. La Constitución reemplazó el régimen de cristiandad heredado de España por otro de fuerte matriz liberal, con garantía de las libertades personales y un gobierno fundado en la soberanía del pueblo. Perduraron sin embargo algunas impregnaciones del viejo régimen, como la obligación del Estado de sostener, solamente, el culto católico.

Antes de 1853, la Iglesia rioplatense era débil, en organización y en personal. Desde entonces, su sostenido crecimiento institucional acompañó al del Estado y se benefició con su apoyo; por ejemplo, el Estado financió la formación de nuevas diócesis y de seminarios sacerdotales, y luego a los colegios católicos. A la vez, la Iglesia colaboró en diversas tareas: la orden salesiana recibió del Estado el encargo de evangelizar la Patagonia, recién incorporada, lo que fue considerado parte de una empresa civilizadora común. Numerosas órdenes de religiosos, llegadas por entonces, se hicieron cargo de los colegios, la atención en hospitales y otras obras de servicio social que complementaban la incipiente tarea estatal. La cruz, de presencia cada vez más habitual en instituciones

¹ Di Stefano, Roberto y Zanatta, Loris, *Historia de la Iglesia Argentina. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*, Buenos Aires, Mondadori, 2000. Iveraigh, Austen, *Catholicism and Politics in Argentina, 1810-1960*, Londres, St. Martin's Press, 1995. Auza, Néstor T., *Aciertos y fracasos del catolicismo argentino*, 3 vols. Buenos Aires, Editorial Docencia, 1987-88. Bertoni, Lilia Ana, “La opinión política de los católicos y la cuestión nacional. 1880-1910”, en *Prismas*, 9, Universidad Nacional de Quilmes, 2005.

públicas, da cuenta de esta coincidencia, no desprovista de tensiones, entre el Estado laico y la Iglesia.

El espíritu y las ideas de los Papas, de Pío IX a Pío XI, tuvo una gran influencia en la Iglesia argentina. Roma alentó la jerarquía institucional, la autoridad obispal, el ordenamiento y la disciplina, la liturgia, las devociones y la teología tomista. Todo ello fue aplicado por el obispado local. Sobre todo, Roma insufló intransigencia, manifiesta en el lema de Pío X *Instaurare omnia in Christo*. El magisterio papal formuló la imagen de una Iglesia sitiada, una *ciudadela asediada* por la modernidad, surgida de la experiencia italiana o francesa, pero poco apropiada para la realidad argentina. Así, se planteó una tensión entre la colaboración con el Estado en la empresa civilizadora, que además redundaba en el propio crecimiento institucional, y la denuncia intransigente del Estado liberal.

No se produjeron en la Argentina las dramáticas batallas del laicismo o las *Kulturkampf*, características de algunos Estados europeos. Las relaciones de la Iglesia y el Estado no se caracterizaron ni por la hostilidad categórica ni por la armonía. El desarrollo institucional siguió la línea del laicismo, particularmente en la década de 1880, cuando se establecieron el matrimonio civil, el Registro Civil y la enseñanza laica en las escuelas estatales. La Iglesia enfrentó las políticas laicas del Estado, tratando de limitar su desarrollo, y asumió el discurso de la *ciudadela asediada*, pero no abandonó su colaboración ni la demanda de ayuda. Hubo momentos mejores que otros, y una cierta tendencia a la toma de distancia, que maduró más cerca de 1930.

En los años 80, la sanción de la legislación laica ya mencionada produjo una reacción entre la parte católica de la élite y la Jerarquía, pero la resistencia católica fue relativamente débil, más retórica que efectiva. Hacia 1900, el apaciguamiento del reformismo laico facilitó *un modus vivendi*. El gobierno, más preocupado por entonces por la disputa con Chile o por los conflictos sociales, no sostuvo la ley de divorcio, que fracasó. A diferencia del Uruguay, un país bastante similar a la Argentina, y también de Chile, con una Iglesia fuerte y una sociedad más intensamente católica, el Estado no se separó de la iglesia. Pero no hubo reconciliación. Por entonces, la iglesia comenzó a acentuar su discurso integrista, a cuestionar los fundamentos liberales del Estado y a formular su propia lectura de la Constitución².

² Lilia Ana Bertoni, “¿Estado librepensador o estado laico? La disputa entre librepensadores y católicos en el cambio del siglo XIX al XX”. En Lilia Ana Bertoni y Luciano de Prvitellio, *Conflictos en democracia. La vida política argentina entre dos siglos*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2009.

Desde 1916, con el advenimiento de la democracia, los problemas se hicieron más públicos y difíciles de manejar discretamente. En 1921 hubo un conflicto serio en una provincia, Santa Fe, que sancionó una Constitución más radicalmente laica. En 1923 estalló otro conflicto por la designación de un nuevo Arzobispo, que derivó en una ruptura de relaciones³. Pero su raíz estaba en una división interna del movimiento católico, entre quienes apoyaban y quienes resistían las directivas romanas de subordinación de las organizaciones laicas.

Esas disidencias entre la jerarquía y el laicado se plantearon desde finales del siglo XIX, cuando la llamada “cuestión social” estimuló el desarrollo de asociaciones que buscaban dar una respuesta católica a la cuestión. Los Círculos de Obreros, según el modelo de la *Rerum Novarum*, fueron organizados desde 1892 por el padre Grote, un activo religioso asuncionista. Grote también promovió los sindicatos católicos, y hasta un partido político católico. Desde un catolicismo intransigente, afin con Romolo Murri o don Sturzo, y con completa independencia de la jerarquía eclesiástica, los católicos de Grote se propusieron enfrentar tanto a las fuerzas de izquierda como al régimen liberal. Por ese camino comenzó a desarrollarse la propuesta de una sociedad alternativa, sobre bases católicas, que enriqueció a la larga el movimiento católico.

Esto provocó la desconfianza de los obispos, sin duda atentos lectores de la Encíclica *Pascendi* de Pío X, quienes se propusieron subordinar a los laicos a la jerarquía. En ese emprendimiento, fuente de muchos conflictos, tuvo papel principal monseñor Miguel De Andrea: en 1912 remplazó a Grote en los Círculos de Obreros, en 1917 organizó a los católicos para disputar en la calle con socialistas y anarquistas, y en 1919 asumió –por encargo de los obispos– la organización de la Unión Popular Católica Argentina, a la que debían subordinarse todas las organizaciones de laicos. La propuesta fue rechazada por muchos y derivó en el mencionado cuestionamiento de De Andrea en 1923. Pero luego se materializó, con nuevos ejecutores, cuando en 1931 se fundó la Acción Católica.

El mismo De Andrea tuvo papel importante en la formulación de la noción de *nación católica*, que sirvió de puente entre la Iglesia y las élites. A principios del siglo XX hubo un giro nacionalista en el mundo intelectual y cultural. Se propusieron por entonces muchas definiciones para el *alma nacional*: la raza, la

³ El 1923 el gobierno argentino propuso a monseñor De Andrea como candidato a nuevo Arzobispo de Buenos Aires. La propuesta suscitó una fuerte reacción entre diversos círculos católicos, que por diversas razones se oponían a De Andrea. El Papa no realizó su designación, y aunque De Andrea renunció a su candidatura, el hecho provocó la ruptura de relaciones entre el Estado argentino y el Vaticano. El arzobispado estuvo vacante hasta 1926, cuando se acordó la designación de monseñor Bottaro.

lengua, la tierra. La Iglesia aportó la propia: la nación argentina se caracterizaba por ser católica, desde sus orígenes mismos. “No es posible renegar de nuestra religión sin renegar también del alma nacional”⁴, dijo en 1913 monseñor De Andrea, quien a la vez asoció la Iglesia con la defensa del orden social. Se subrayó la presencia de religiosos en cada momento de la historia nacional. Obispos y sacerdotes se habituaron a participar en las celebraciones cívicas y los nuevos intelectuales católicos desarrollaron ampliamente en los años de 1920 los temas de la nación católica, preparando la ostentosa reconciliación pública escenificada durante el Congreso Eucarístico Internacional de 1934.

Buenos Aires: los barrios y las parroquias⁵

Abordaremos ahora la cuestión desde otro ángulo: la inserción de la Iglesia Católica en la sociedad de Buenos Aires, y su capacidad para construir un actor político, el movimiento católico, que durante un cierto período manifestó una destacada capacidad de acción.

En un país que crecía, Buenos Aires lo hizo aceleradamente, pasando de unos 180.000 habitantes en 1869 a más de tres millones en 1936. Su extenso ejido, que inicialmente tenía mucho de descampado, se pobló con nuevos núcleos de viviendas, los *barrios*, hasta completar hacia 1940 un continuo, que desbordaba extensamente hacia los suburbios del Gran Buenos Aires. Esos *barrios* fueron poblados por gente de los sectores populares –trabajadores, pequeña clase media, empleados– que gracias a las mejoras del transporte urbano podían vivir lejos de sus trabajos. Los *vecinos conscientes*, agrupados en las llamadas *sociedades de fomento*, hicieron un gran esfuerzo para transformar las precarias urbanizaciones en partes plenas de la ciudad y dotarlas con todo aquello que hacía a la vida civilizada: calles, iluminación, transporte, escuela, y también una capilla o una parroquia. Las 20 parroquias de 1900 llegaron a 135 en 1945. La constitución de nuevas parroquias acompañó el crecimiento urbano, en parte por la preocupación de la Iglesia, que buscaba dar mayor profundidad a sus

⁴ Monseñor Miguel De Andrea, Discurso en el salón “Príncipe Jorge”, 11 de agosto de 1913. En *Obras completas de Monseñor De Andrea*, tomo IV, Buenos Aires, Difusión, 1945.

⁵ Me permito remitir a mis trabajos con Leandro H. Gutiérrez incluidos en *Sectores populares, política y cultura: Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995. 2^a edición: Buenos Aires, Siglo XXI, 2006, y a “La política en los barrios y en el centro: parroquias, bibliotecas populares y politización antes del peronismo”. En Francis Korn y Luis Alberto Romero (comp.), *Buenos Aires/Entreguerras. La callada transformación, 1914-1945*, Buenos Aires, Alianza Editorial, 2006. También, Lida, Miranda: “Iglesia y sociedad porteñas. El proceso de parroquialización de la arquidiócesis de Buenos Aires (1900-1928)” *Entrepasados*, 28, Buenos Aires, fines de 2005.

vínculos con los católicos, y en parte porque los habitantes de los barrios la consideraban parte esencial de la vida civilizada.

Esta expansión coincidió con una revaloración del papel de la parroquia urbana, a la que Pío X convirtió en el eje de la acción pastoral y social de la Iglesia⁶. Se ajustó la formación de los párrocos y las normas de la administración, y se integró a la parroquia a las distintas asociaciones y obras de los laicos. Ubicada en el cruce de la Iglesia papal del siglo XX, con sus propósitos de “restauración cristiana” y el crecimiento de una ciudad pujante, la parroquia porteña tuvo tres funciones: fue civilizadora, pastoral y se ocupó de la constitución de la familia parroquial. Las tres funciones habrán de concurrir, dadas otras circunstancias, en la conformación del catolicismo movilizado.

Su función *civilizadora* y urbanizadora fue similar a la del conjunto de instituciones del barrio. La Iglesia se interesó especialmente por los barrios que llamaba “destituidos”. Se trataba de los núcleos nuevos, con una sociedad poco estructurada y escasos servicios públicos e instituciones; en particular, la Iglesia lamentaba la ausencia de la escuela del Estado, que en otro contexto criticaba duramente. Su diagnóstico, que coincidía con el de los vecinos progresistas, le agregaba su propio sesgo intransigente, pues encontraba una destitución moral, por la presencia activa de los enemigos de la verdadera religión: los anarquistas y socialistas, los protestantes y los agentes de la malsana vida moderna.

Penetrar en ese mundo hostil requería un trabajo previo, de monjitas que atendían oratorios o sacerdotes misioneros, hasta que se instalaba la parroquia. En esta primera etapa predominaba el párroco llamado *roturador*⁷, domador de barriadas bravías. Su tarea consistía en la creación de *obras*, introducía en el barrio el orden y las buenas costumbres: los *post escuela* para los niños, consultorios médicos, centros de recreación y sociabilidad para los jóvenes, que encontraban pocas ocasiones de diversión en estos barrios alejados del centro. Muchas de estas actividades eran similares a las desarrolladas por la *sociedad de fomento*, pero su sentido último era diferente. Para la Iglesia, eran como ladrillos en la construcción de la sociedad cristiana. Para los vecinos del barrio, en cambio, eran una alternativa más para las necesidades de

⁶ Guasco, Maurilio, *Storia del clero in Italia dall'Ottocento a oggi*. Bari, Laterza, 1997, y “Il modello de prete”, en *La chiesa di Pio XII*. a. c. di Andrea Riccardi, Bari, Laterza, 1986.

⁷ Así los llamaba el padre Lhande, que estuvo en Buenos Aires en 1928 y observó las similitudes con la obra de la Iglesia en la *banlieue rouge* de París. Lhande, Pierre, *Le Dieu qui bouge*, Paris, Plon, 1930.

sociabilidad, entretenimiento o capacitación, que no implicaban necesariamente un compromiso profundo⁸.

La acción *pastoral* de la parroquia, que informaba sus obras, se dirigía al conjunto de la sociedad barrial. Ésta, que por definición era católica, debía ser incluida en aquellos sacramentos básicos que definían la pertenencia. En primer lugar el bautismo; luego el casamiento, menguado por la tradicional costumbre del concubinato o por la muy moderna y denostada de darse por satisfechos con el matrimonio civil y, finalmente, la extremaunción. La asistencia a la misa semanal, en cambio, era más propia del católico practicante que del ordinario, aunque la parroquia militante se propondrá avanzar sobre esa frontera.

La catequesis infantil se ajustaba a las prácticas normales de la época. Pío X confeccionó un catecismo que aspiraba a ser único, consistente en la memorización de preguntas y respuestas sobre puntos de dogma⁹. Las nuevas ideas pedagógicas, que atendían a la psicología evolutiva, apenas comenzaban a discutirse. El arzobispado local se esforzó en estas décadas por profesionalizar y uniformar la enseñanza, mediante escuelas de catequistas, y como gran novedad se introdujeron los proyectores lumínicos. Pero la base era la memorización del catecismo.

En cuanto a la intensidad, existía la aspiración a un ciclo anual de enseñanza, con clase semanal y dominical, que solía limitarse a quienes estaban más cerca de la familia parroquial y a los alumnos de los colegios católicos. Para el grueso de los niños, el párroco debía conformarse con una enseñanza relativamente intensa en los meses de octubre y noviembre, que culminaba con la comunión en el Día de la Virgen, el 8 de octubre, adecuadamente ubicado entre el fin de las clases y las vacaciones.

Aquí culminaba la tarea que la parroquia consideraba esencial. Prácticamente no estaba formalizado el catecismo de perseverancia, ni era frecuente que los niños siguieran comulgando, al igual que los mayores, salvo los que

⁸ Hemos reunido casos de personas de familias socialistas o anarquistas, que enviaban a sus hijos a las obras de la Iglesia, así como casos inversos en Luis Alberto Romero, “Nueva Pompeya, libros y catecismo”, en Leandro H. Gutiérrez y Luis Alberto Romero, *Sectores populares, cultura y política*.

⁹ Pío X adelantó la fecha de la primera comunión hasta el momento de la “edad de la razón”, en torno de los siete años. Aunque el arzobispado se esforzó por mejorar la enseñanza catequística, su base siguió siendo la memorización. *Pio X. Un Papa e il suo tempo*. A.c. di G. Rommanato, Roma, 1987. Delumeau, Jean (dir.), *La première communion. Quatre siècles d'histoire*. París, Desclée de Brower, 1987. Adler, G. et Vogeleisler, G., *Un siècle de cathequesis en France, 1893-1980*, París, 1981.

se vinculaban con algún grupo parroquial, cuya actividad central solía ser precisamente la comunión y misa mensual o quizá semanal.

La parroquia pastoral concentró sus esfuerzos en una catequesis y comunión cuyos logros eran cuantificables, pero cuya densidad es dudosa. Es probable que con ella satisficiera las expectativas de las familias del barrio, para quienes este pasaje e incorporación es una aspiración irrenunciable, y también la aspiración institucional de la Iglesia, que podía exhibir las cifras de la comunión infantil como prueba del carácter católico de la nación.

La tercera función se refiere al conjunto de fieles que forman la *familia parroquial*, cuya construcción es parte de este esfuerzo organizacional de la Iglesia. La formaban los integrantes de las diferentes asociaciones articuladas en torno de la parroquia y de su párroco. En el siglo XX la iglesia romana desarrolló recursos institucionales para mejorar esa articulación, como la creación de la Junta Parroquial o la presencia obligada del asesor eclesiástico en cada una de las asociaciones. Pero mucho dependió de la acción y capacidad del párroco para crear los vínculos entre los distintos grupos y concentrar sus energías en una tarea común.

Existían las tradicionales asociaciones piadosas, cuyas prácticas devocionales comunes apuntaban a la perseverancia y a la comunión frecuente. Otras se dedicaban a tareas pastorales, como la instrucción catequística, culturales, como las adoraciones o guardias del Santísimo Sacramento o el Corazón de Jesús, y caritativas o de servicios. Para los varones adultos estaban los Círculos Obreros, que en las primeras décadas del siglo alimentaron una activa militancia, para convertirse luego en apacibles mutuales o círculos de sociabilidad y renacer para la política hacia 1942.

La mayor actividad se encuentra entre los varones jóvenes, aunque en general más centrada en la honesta recreación que en la perseverancia. Los jóvenes eran los principales animadores de los *festivales*, en los que culminaba la sociabilidad parroquial. Varias veces por año, en el salón parroquial se daban cita los talentos de la parroquia –músicos, bailarinas, recitadoras y grupos teatrales. Aunque la finalidad era recreativa –el “sano esparcimiento”– el objetivo cristiano se saldaba con la charla espiritual del párroco, con la recaudación de fondos para obras piadosas y, sobre todo, con la dinamización de las asociaciones parroquiales y de sus prácticas culturales conexas.

De los jóvenes surgían también otras iniciativas, como el fútbol, y hasta la instalación de un centro recreativo. En cambio, no era tan fácil hacerlos participar en las tareas parroquiales –quizás aceptaban ser catequistas– aunque para el párroco ya es un logro que desarrolleen su vida social juvenil dentro del honesto

marco de la parroquia y no cayeran en las tentaciones de los otros núcleos de sociabilidad barrial, que los párrocos solían denostar.

En otros ámbitos de sociabilidad barrial, como las bibliotecas populares, las cosas eran bastante similares, incluso en los festivales. Solo se diferenciaban porque en lugar de la charla del cura se escuchaba la conferencia de algún intelectual socialista. Así, el grupo parroquial era uno entre otros en el barrio, finalmente tan circumscripto y encerrado en sí mismo como el de las bibliotecas.

Lo que caracterizaba a quienes integraban las asociaciones de la *familia* parroquial era la obligación de la comunión frecuente, propia del católico militante. Una práctica devocional de nuevo arraigo fue la consagración del hogar al Sagrado Corazón de Jesús, que enlazaba a la familia católica con su parroquia y colocaba las actividades familiares bajo su advocación y vigilancia. El culto del Sagrado Corazón tenía una dimensión que lo conectaba con la llamada religión de los sentimientos, y otro costado fuertemente político, que hablaba de la expiación de los pecados del mundo moderno¹⁰. Son los temas que empiezan a hacerse más frecuentes en los sermones de los párrocos, impulsados por los vientos del catolicismo integral.

En suma: a través de sus parroquias, la Iglesia concurrió eficazmente a la formación de las nuevas sociedades barriales, se constituyó en una de sus instituciones básicas y a la vez asumió una posición crítica y militante, una versión barrial de la ciudadela asediada.

La iglesia de Cristo Rey

En torno a 1930, la Iglesia cambió de estilo. La “Iglesia triunfante” profundizó sus demandas corporativas y apuntó a la construcción de un nuevo orden social cristiano. En 1934, el millón de católicos que salió a la calle con motivo del Congreso Eucarístico Internacional dio la pauta de que el catolicismo estaba en movimiento. ¿A qué se debió el cambio?

Entre los primeros se encuentra la inflexión que Pío XI imprime a la orientación definida anteriormente por Pío IX y León XIII. Con la encíclica *Quas Primas*, de 1926, y el establecimiento de la festividad de Cristo Rey, la Iglesia se reubica en el combate contra el mundo moderno. Abandona a *Action Française*, margina a los católicos conciliadores y descarta la posibilidad de una acción política autónoma de los católicos, como la que reclamó Luigi Sturzo.

¹⁰ Sobre el crecimiento y la transfiguración del culto del SCJ, Menozzi, Daniele, *Sacro Cuore. Un culto tra devozione cristiana e restaurazione cristiana della società*, Roma, Viella, 2001.

La Iglesia se hace cargo de sus propios objetivos políticos y propone un programa integral para la sociedad y el Estado a través de sucesivas encíclicas: *Quadragesimo anno*, *Divinis illius Magistri*, y *Casti connubi* y finalmente, *Divinis Redemptoris*. Allí define sus objetivos principales: la educación y la familia, y a sus enemigos: sigue atacando al Estado liberal, la democracia y en general, la profanidad; pero agrega al comunismo, suma de todos los males. Con los otros totalitarismos su posición fue menos definida. Sobre todo, la Iglesia triunfante apunta al Estado. Con Cristo Rey, la dimensión expiatoria del Sagrado Corazón se transforma en cruzada para subordinar a los Estados y ponerlos al servicio de la construcción de un nuevo orden cristiano¹¹.

La Argentina¹² entraba dentro de ese programa y en Roma se aspiraba a que constituyera un caso testigo. El golpe militar de 1930, y luego el advenimiento de un régimen político constitucional pero fundado en el fraude electoral, que perduró hasta el golpe militar de 1943¹³, le dio a la Iglesia un terreno propicio para negociar con el Estado. La Iglesia le dio al régimen un fuerte apoyo institucional y discursivo, fundado en la idea de la nación católica, y recibió beneficios corporativos sustantivos, como la creación de nuevos arzobispados y obispados. También influyó en las políticas estatales, en temas como el divorcio, la educación religiosa o la persecución del comunismo, y figuró de manera conspicua en la liturgia oficial. Fueron esos avances los que alimentaron en la Iglesia de Cristo Rey la expectativa de avanzar un paso más, asaltar el Estado e instaurar un nuevo orden cristiano.

¹¹ Las encíclicas programáticas fundamentales son *Quas Primas* (1925), *Divini illius Magistri* (1929), *Castii Connubi* (1930), *Quadragesimo Anno* (1931) y, finalmente, *Divini Redemptoris* (1937). Bouthillon, Fabrice, *La naissance della marditè. Une theologie politique à l'age totalitaire* (1922-39), Presses Universitaires de Strasbourg, 2001.

¹² Los textos fundamentales sobre el período son los de Loris Zanatta: *Del Estado liberal a la nación católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo, 1930-1943*, Universidad Nacional de Quilmes, 1996, y *Perón y el mito de la nación católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo, 1943-1946*. Buenos Aires, Sudamericana, 1999. También, Mallimaci, Fortunato, *El catolicismo integral en la Argentina (1930-1946)*, Buenos Aires, Biblios-F. Simón Rodríguez, 1988. Rivero de Olazábal, Raúl, *Por una Cultura Católica. El Compromiso de una Generación Argentina*, Buenos Aires, Claretiana, 1986. Sobre nacionalismo y catolicismo, Buchrucker, Cristián, *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial, 1927-1955*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987. Ben Dror, Graciela, *Católicos, nazis y judíos. La Iglesia argentina en tiempos del tercer Reich*, Buenos Aires, Lumière, 2003 .

¹³ En 1930, el golpe militar del general Uriburu derribó al presidente Yrigoyen. Lo sucedió un ciclo de gobiernos constitucionales electos fraudulentamente (Justo, Ortiz, Castillo), interrumpido por el golpe militar de 1943.

La Iglesia contaba con dos aliados: los grupos nacionalistas y el ejército. Los nacionalistas proliferaron con la crisis del Estado liberal. Eran muchos grupos, en estado de permanente fragmentación y recomposición, cuya acción se desplegaba en la prensa de combate y en la calle; solían organizarse en grupos uniformados, que buscaban chocar con los militantes de izquierda. Al igual que la Iglesia, criticaban el liberalismo y el comunismo, y creían en un Nuevo Orden. Hubo un cauce común de ideas, de discursos y de sentimientos, sensible para los grupos juveniles, que constituyan una base militante potencial de nacionalistas y católicos. Pero también hubo tensiones importantes y diferencias de apreciación respecto de Mussolini o Hitler. Sobre todo, la doble pertenencia de los militantes juveniles a organizaciones nacionalistas y católicas generó problemas a la Jerarquía, que no quería involucrarse en opciones políticas ajenas ni introducir en su campo elementos divisivos, como lo era, sin duda, la simpatía a la Alemania nazi.

Nacionalistas y católicos coincidieron en esos años en el cortejo de los militares y en la captura de su imaginario. En los años treinta hubo una conquista sistemática del ejército por la Iglesia. Se manifestó en el desarrollo de la simbología religiosa castrense o la presencia militar en las ceremonias religiosas. También en el discurso. A la crítica de la democracia liberal y su secuela de rivalidades facciosas, siguió la aspiración a la unidad ideal de la nación. Al ejército se le asignaba la misión de restablecer esa unidad, fundada en los principios católicos, que llevaba a la construcción del orden nuevo.

¿Cuáles eran las fuerzas propias? El ejército de Cristo Rey se componía de varios cuerpos, que entre 1934 y 1945 alcanzaron unidad, espíritu común, ilusión y una suerte de *electricidad* que dio vida y movimiento al cuerpo católico.

Por una parte, estaban los intelectuales, formados desde 1922 en los Cursos de Cultura Católica. La institución fue a la vez lugar de enseñanza y de sociabilidad. Dentro de una estricta ortodoxia tomista, había allí cursos regulares y otros muchos libres, así como actividades de extensión. El *Convivio* era un lugar de intercambio, debate y sociabilidad. Así, las cuestiones más estrictamente teológicas se articulaban con las respuestas del catolicismo integral a cada uno de los problemas de la vida social. Los Cursos fueron el ámbito de formación de los cuadros intelectuales católicos, que formaron las asociaciones y que finalmente ocuparían funciones en el Estado. También fue el espacio de elaboración de los discursos que cumplieran la tarea de mediación discursiva hacia la prensa y las organizaciones. Sobre todo fue un espacio generador, para la nueva élite intelectual católica, de seguridad, firmeza y convicción. Allí se encontraban respuestas católicas para todo.

La prensa instaló la voz católica en la opinión pública. La Iglesia utilizó con eficacia todos los medios modernos, desde los altoparlantes hasta la radio, donde hubo muchos espacios para oradores y predicadores. La Editorial Difusión lanzó una versión católica de las distintas colecciones de libros baratos. El diario *El Pueblo*, modernizado en lo técnico y en lo periodístico, y con importantes “plumas” del nacionalismo católico, aspiró a competir con los grandes medios nacionales, como *La Prensa* o *Crítica*. La función rectora le correspondió a la revista *Criterio*, dirigida por monseñor Franceschi, que era la referencia sobre la línea de la Iglesia.

Un tercer gran cuerpo eran los colegios: las escuelas primarias parroquiales y los colegios de las órdenes educadoras, que crecieron notablemente desde comienzos del siglo XX. Ambas estaban subvencionadas y controladas por el Estado. Las escuelas parroquiales complementaban las obras de la parroquia, mientras que los colegios se dirigían a la formación de las élites y fueron un lugar de reclutamiento de militantes de Acción Católica o nacionalistas.

Desde 1931, la Acción Católica (AC) fue la herramienta por excelencia en la formación del ejército de Cristo Rey. La AC debía incluir y subordinar a todas las organizaciones del laicado católico, que eran muchas y diversas, y a la vez ponerlas a las órdenes de la jerarquía: el obispo y el párroco, a través de sus asesores. AC tuvo resultados limitados con la rama de los hombres. Entre las mujeres, que ya eran la columna principal de las actividades parroquiales, se procuró extender su campo de acción a las cuestiones familiares. Las mujeres jóvenes fueron muchas, pero los párrocos no sabían muy bien qué funciones asignarles. Con respecto a los niños, hubo un gradual descubrimiento de sus potencialidades en las grandes exhibiciones de masas, pero debían ser organizados por los mayores.

Los jóvenes constituían el potencial militante más significativo. La formación de un joven militante de AC debía ser exigente; incluía la oración, la meditación, la comunión frecuente, la participación en círculos de estudio y en retiros. Su ideal era una piedad viril, centrada en la figura de Cristo Rey, que ponía el acento en la misión, el heroísmo y la cruzada. También se busca la disciplina, la subordinación y la capacidad de mando, pues la AC aspiraba a ser tan eficaz como las otras organizaciones políticas de jóvenes. Estas necesidades organizacionales entroncaban con la práctica devocional característica del militante: la comunión frecuente y las prácticas eucarísticas comunes¹⁴.

¹⁴ Sobre AC en el contexto europeo: Travnouez, Ivon, “Le militant d’Action Catholique”, en Duriez, Bruno et al., *Les catholiques dans la République, 1905-2005*, Paris, Atelier, 2005. Casella, Mario, “Pio XI e la Azione Cattolica” italiana”. Achille Ratti. *Pape Pie XI. Actes du*

En cada parroquia rodeaba a esta élite de jóvenes de AC un entorno que, sin llegar a ese grado de compromiso, participaba del espíritu general. Cada año, en distintos puntos del país, se celebraban Asambleas Federales, en las que se configuraba la identidad colectiva, esa *electricidad* característica del movimiento católico en su apogeo. Los jóvenes de las parroquias que asistían a una de esas reuniones volvían transfigurados, impregnados del espíritu AC.

El problema del párroco era qué hacer con él. Las actividades parroquiales eran modestas, y no era fácil asociarlas con la mística heroica de las movilizaciones: el catecismo memorístico, el reparto de folletos, las campañas de moralidad o las de Precepto Pascual, no eran para entusiasmar a quienes auguraban un Nuevo Orden. Quienes en cambio captaban este entusiasmo solían ser las organizaciones nacionalistas, que frecuentemente capitalizaban este esfuerzo de formación y movilización de la Iglesia.

Los nacionalistas insertaron definitivamente a los católicos en el mundo dividido y politizado de esos años. La politicización se originó en el ascenso de los fascismos, la guerra de España, la formación de frentes populares antifascistas, con participación de las fuerzas de izquierda, y el aglutinamiento de las derechas en los frentes nacionales, anticomunistas y en general antiliberales, en los cuales tuvo natural acogida el catolicismo movilizado.

Ese momento se vivió intensamente en la Argentina, desde la Guerra Civil Española hasta la Segunda Guerra Mundial, circunstancias que dividieron a los católicos y generaron entre ellos una activa minoría denominada “liberal”¹⁵. Nacionalistas y católicos marcharon juntos. Pero los corolarios políticos locales no fueron al principio claros. Hasta 1943, no era claro cuál era el representante local del fascismo. El “régimen fraudulento” era atacado por los nacionalistas, y la Iglesia católica, que le había arrancado importantes concesiones, comenzó a ver su irremediable decadencia y la posibilidad de un orden nuevo.

Colloque, Paris, 1996. Poulat, Emile, *Eglise contre bourgeoisie. Introduction au devenir du catholicisme actuel*, Paris, Casterman, 1977. Sobre la dimensión militante de la liturgia: Paiano, Maria, *Liturgia e società nel Novecento. Percorsi del movimento liturgico di fronte ai processi di secolarizzazione*, Roma, 2008.

¹⁵ La división estalló en 1936 con motivo de la visita de Jacques Maritain, cuyas manifestaciones en favor de causas liberales, como la de la España republicana, polarizaron el ambiente católico.

Las cosas cambiaron con el golpe militar de 1943¹⁶, pues los militares convocaron el apoyo del nacionalismo católico, y llevaron a la práctica la mayoría de sus demandas, comenzando por el establecimiento de la enseñanza religiosa en las escuelas estatales. En ese momento, la instauración del nuevo orden cristiano pareció cercana y la movilización católica alcanzó su mayor intensidad.

Católicos en las calles

Hacía ya varias décadas que la Iglesia ensayaba esta ocupación de las calles. En ocasión del I Congreso Eucarístico Nacional, en 1916, hubo 200.000 asistentes al acto final. Por entonces ya la Iglesia venía organizando, de manera regular, operativos que implicaban la movilización de gran cantidad de personas: las peregrinaciones al santuario de la Virgen en Luján o diversas procesiones. Con la procesión de Corpus de 1931 ya era de rigor el uso del micrófono que, según los organizadores, puso fin a los desordenes e inconvenientes, y los colegios y congregaciones católicas pudieron ocupar ordenadamente sus lugares y elevar sus voces al unísono¹⁷.

A lo largo de esos años, la Iglesia fue perfeccionando su dispositivo para la movilización. Comprendía en primer lugar lo que llamaban “preparación del ambiente”: reparto de folletos, colocación de carteles, organización de reuniones explicativas entre los activistas, y fuerte acción de la prensa católica. Por otra parte, estaba la escenografía urbana: adorno de los frentes de las casas con símbolos distintivos, emblemas o escudos. Cada organización confeccionaba su bandera o estandarte. Había directivas sobre las vestimentas que debían llevar las niñas, jóvenes o señoritas, así como sobre los distintivos o escudos. El libro de cantos se distribuía ampliamente, a medida que fue ganando consenso la importancia del canto colectivo. En las parroquias se realizaban celebraciones preparatorias y reuniones para ensayar los cantos, los saludos y los gestos. También había que prever los medios de transporte, especialmente para los niños. Finalmente, los organizadores asignaban un lugar preciso en la calle o en la plaza a cada una de las congregaciones, obras, colegios y representaciones parroquiales. En suma, una verdadera organización, que revelaba una alta profesionalización, digna de la época.

¹⁶ El gobierno militar instalado en 1943 se prolongó hasta la elección presidencial de 1946, que consagró al coronel Perón. Éste había ocupado importantes posiciones en el gobierno militar.

¹⁷ Boletín de Acción Católica Argentina, junio de 1931. Lida, Miranda, “El catolicismo y la modernización urbana en Buenos Aires. Notas sobre las transformaciones de la movilización católica, 1910-1934” en Lida, Miranda y Mauro, Diego (coord.), *Catolicismo y sociedad de masas en Argentina*, Rosario, Prohistoria ediciones, 2009.

Dentro de este largo crecimiento de las movilizaciones católicas, lo ocurrido en 1934 significó un salto y una ruptura, por el número, por la conciencia de pertenencia a un gran colectivo que ella implicó para sus contemporáneos, presentes y ausentes. Desde entonces, la movilización católica se caracterizó por una nueva electricidad que recorrió su cuerpo. Se manifestó en las festividades litúrgicas normales, como Corpus o Cristo Rey, en los Congresos Eucarísticos Nacionales o arquidiocesanos y en otros eventos como el Congreso de Niños Católicos de 1943. Por entonces, su sentido político ya era evidente.

El año culminante de la movilización católica fue 1944. Las celebraciones propias, como Semana Santa, Corpus, el Día del Papa, la fiesta de Cristo Rey o el Día de la Virgen, no solo fueron mucho más masivas que lo habitual, sino que tuvieron participación activa, como oficiantes, miembros conspicuos del gobierno militar. Las Asambleas Federales, que reunieron a los militantes de las cuatro ramas en diferentes ciudades del país, tuvieron una intensidad que contagiaron a las ciudades con sus nutritas manifestaciones. En Buenos Aires, la celebración de la Asamblea arquidiocesana de Acción Católica también reunió una multitud, que excedía ampliamente los cuadros de AC.

Por otro lado, las fiestas cívicas, como el 25 de mayo o el 9 de julio, se cargaron de significados religiosos: altos dignatarios pronunciando discursos oficiales, jefes militares oficiando y muchedumbres católicas como marco. A las fiestas tradicionales se agregó una nueva: el 4 de junio, aniversario de la revolución de 1943, destinado a integrarse a las fiestas cívicas (de hecho, siguió celebrándose durante todo el gobierno peronista). Allí, el entrelazamiento entre el Estado, el gobierno militar y la Iglesia llegó al máximo: al Te Deum de la Catedral se agregaron misas en las principales plazas públicas. Por entonces, el estado no ahorraba gestos para indicar su catolicización: diferentes reparticiones públicas se encomendaban a santos patronos, se rebautizaban calles con nombres de santos o se designaba a la Virgen María patrona de las rutas nacionales, lo que daba lugar a distintas ceremonias para imponer su patronazgo.

La culminación fue la celebración del IV Congreso Eucarístico Nacional, a mediados de octubre, a diez años del Internacional. Aquí, al aparato movilizador de la Iglesia se agregó el del Estado, que tuvo una participación intensa y decisiva. Otra vez, más de un millón de personas se congregó en la cruz de Palermo, para asistir a la ceremonia que unía a las Fuerzas Armadas, el gobierno, la Iglesia y el Pueblo.

¿Qué provecho se sacaba de estas movilizaciones? Conviene distinguir los propósitos e intenciones de la Iglesia institucional de aquellos de sus activistas y militantes, especialmente los juveniles. Para los obispos, estas manifestaciones mostraban la existencia real de la nación católica, unida detrás de sus

pastores. Eran el referente empírico del discurso acerca de la nación católica. Las reuniones masivas, con su parafernalia simbólica y discursiva, promovían en sus participantes la pertenencia a un colectivo inmenso y estructurado de soldados del Ejército de Cristo Rey. La Iglesia podía así completar su presión sobre el Estado en pro de sus demandas corporativas. Pero desde 1943 fue avanzando otro propósito: efectivizar la anunciada realeza de Cristo y rehacer desde el Estado la sociedad toda.

Los cuadros militantes de Acción Católica compartían naturalmente esos propósitos, pero agregaban otros derivados de su entrelazamiento con los militantes provenientes del nacionalismo. Para éstos, la movilización católica potenciaba su presencia en las calles y daba impulso a sus periódicos y agrupaciones, cuyas orientaciones no eran fácilmente aceptables por la jerarquía. Los obispos hicieron lo posible por separar las aguas, especialmente cuando la mezcla era demasiado evidente, como ocurría en manifestaciones en las que los asistentes vivaban simultáneamente a Cristo Rey y a Hitler. La persistencia de las admoniciones a través de los años muestra su escasa eficacia. La dificultad no solo estaba en la naturalidad con la que ambas militancias confluyan en el politizado mundo de entonces, sino en los sentimientos ambiguos de muchos eclesiásticos respecto del fascismo y el nazismo. Por otra parte, una porción importante de la electricidad moral de la militancia católica de entonces provenía, no tanto de la Iglesia militar, como de los grupos nacionalistas, bien enraizados en la politización épocal. Su agotamiento coincidió, precisamente, con la división de ese campo político común en el que se movían.

Más allá de la jerarquía y de los militantes, estaban los católicos comunes, los que conformaban el número de estas manifestaciones masivas. ¿Cómo y por qué se movilizaban? Una respuesta se encuentra en el mundo de las parroquias y de los párrocos, ubicados en el cruce entre los católicos comunes, los feligreses de la parroquia y los militantes organizados. Esto lo convierte en el intermediario más importante en el proceso de movilización de los católicos.

Los párrocos son muy diferentes entre sí, y están comprometidos de manera diferente en los combates de la Iglesia. Los que pertenecen a órdenes regulares tienen una doble dependencia y una doble perspectiva, mientras que entre los seculares es más fácil encontrar una conexión directa con las directivas del arzobispado. Por otro lado, hay párrocos viejos y rutineros, formados en otro contexto, y párrocos jóvenes y activos. Suelen publicar un periódico parroquial que refleja muy claramente esas diferencias: generalmente el interés de esa hoja impresa está en relación directa con la actividad e iniciativa del párroco. Pero ante todo, son párrocos de su parroquia y de su barrio. Su lógica nos remite, en buena medida, a la relación entre la parroquia y el barrio. Y en el barrio, la movilización católica es muy distinta.

Movilización católica en una parroquia porteña

Examinemos el caso de la parroquia de Todos los Santos y Áimas. Se funda en 1928, en Chacarita, un barrio popular, aunque no específicamente obrero. Tiene su Sociedad de Fomento y Biblioteca Popular, un comité socialista, seis escuelas públicas, varios clubes sociales y deportivos y una Iglesia Bautista Evangélica¹⁸. Entre 1936 y 1946, durante el ciclo de activismo católico, hubo tres párrocos, muy distintos entre sí, que reflejan distintas modalidades de la relación entre la Iglesia intransigente y el barrio.

El padre Enrique Lavagnino estuvo entre 1936 y 1939 al frente de su parroquia, a la que concibió como una “ciudadela asediada”. Fue un gran organizador: instaló las cuatro ramas de Acción Católica, cuya vida fue poco vivaz en esos años, la Conferencia Vicentina, las Hijas de María, la Academia Santa Teresita y la Congregación de la Doctrina Cristiana, para la formación de catequistas. El catecismo fue una de sus preocupaciones principales: recorría el barrio y las escuelas públicas para convocar a los niños a la doctrina, y usaba ampliamente los conocidos recursos del cine parroquial, las rifas y las golosinas. Finalmente, publicaba orgulloso los resultados de la cosecha anual. También se ocupó mucho de los hombres –cuyas potencialidades había puesto de manifiesto el Congreso de 1934– organizando para ellos charlas y conferencias, con los mejores oradores de la parroquia. En cambio, no manifestó un interés especial en los jóvenes, y mucho menos por sacar a sus fieles a la calle para conducirlos a las grandes concentraciones arquidiocesanas.

Su tarea se concentró en el barrio y en lo que llamó “la calle”, que era la antítesis de la parroquia. Desde el periódico y el atrio atacó a los políticos socialistas y radicales, los judíos, los protestantes, los obreros huelguistas y las mujeres desvergonzadas. En suma, todo el arsenal discursivo del catolicismo militante aplicado al combate en un barrio que a sus ojos resumía la modernidad, y en el cual se alzaba, ideal, la torre de una iglesia que era bastión y guía.

Desde septiembre de 1939, la parroquia estuvo a cargo del padre Gastón, un personaje de poco brillo. La parroquia siguió ausente de las movilizaciones metropolitanas, pero el movimiento católico parroquial siguió creciendo, probablemente debido al impulso de las organizaciones centrales de AC, y particularmente de los activistas de la vecina parroquia de la Resurrección, cuyo

¹⁸ Esta sección se basa en mi trabajo “Católicos en movimiento. Activismo en una parroquia de Buenos Aires, 1935-1946”, *Estudios Sociales*, 14, Santa Fe, 1998, ahora incluido en Lida y Mauro (coord.), *Catolicismo y sociedad de masas*. La parroquia tuvo existencia activa desde 1934, cuando se hizo cargo el padre Lavagnino, quien en 1936 comenzó a editar el periódico parroquial *El buen amigo*, que sirve de fuente para esta sección.

párroco, Manuel Moledo, es una de las figuras más destacadas de la militancia católica. En particular, se pusieron en movimiento los jóvenes: los de AC y otros que, sin aspirar a esa perfección, encontraron en la parroquia un ámbito adecuado para la sociabilidad católica, una de las muchas organizadas en un barrio heterogéneo y plural.

En marzo de 1943, se hizo cargo de la parroquia Luis J. Tomé, identificado con la Acción Católica. Tomé fue un organizador de la sociabilidad parroquial y de la “familia”, es decir, los activistas reunidos en torno de ella. Abandonó el tono combativo de Lavagnino y se concentró en la sociabilidad parroquial, generando al fin de cada jornada litúrgica un evento social. Pero, a la vez, se dedicó a organizar a los católicos para participar en las movilizaciones que organizaba el arzobispado.

Su primer gran logro fue el Congreso de los Niños Católicos, en octubre de 1943. Desde julio, Tomé se dedicó a “preparar el ambiente”. En los días previos reunió a un gran número en un gran salón, en varias jornadas festivas, con cine, actos cómicos, rifas, reparto de golosinas y juguetes, y además ensayos de cantos y de vítores, matizados con entusiastas fervorines del párroco, siempre presente desde el micrófono. Finalmente, el día indicado, cuatrocientos de ellos, guiados por sus celadores, tomaron el subterráneo y llegaron hasta el estadio del Club Boca Juniors, donde se celebraba el Congreso. Desde ese día, el padre Tomé mantuvo movilizado su batallón de niños, que participó en las campañas pascuales, juras de la bandera o la misa del estudiante; en la ocasión, cuando se celebró el establecimiento de la enseñanza religiosa en las escuelas públicas, la parroquia congregó a más de seiscientos chicos.

La acción de Tomé se concentró en los jóvenes. Estaban los miembros de JAC, que no eran muchos, una veintena de Aspirantes y unos treinta que habían constituido la Congregación Mariana. Tomé se ocupó de organizar las actividades recreativas. En primer lugar, el fútbol. Los jóvenes recorrían los barrios vecinos, midiendo fuerzas con otros grupos parroquiales y agregando, al final, una visita a la iglesia o alguna otra actividad religiosa. También los campamentos al aire libre, que Tomé disfrutaba tanto como los jóvenes, reunidos al atardecer para una ceremonia religiosa bajo las estrellas. Otras actividades recreativas, que los jóvenes tomaban muy seriamente, era el teatro y los títeres: dos grupos especializados, como el equipo de fútbol, recorrían las parroquias vecinas, anudando por esa vía la solidaridad juvenil católica.

Por otra parte, los jóvenes tenían sus prácticas culturales normales –las comuniones semanales de precepto– y participaban en todas las tareas parroquiales, como el pegado de carteles, el reparto de folletos o cualquiera de las otras tareas del militante. Por esa vía, la parroquia de Tomé, distanciada y

diferenciada de la vida barrial, reproducía sus prácticas. Reconciliaba el sano espaciamiento –reconocida necesidad de la sociabilidad barrial– con la práctica cultural, y reunía aquello que Lavagnino –con otra perspectiva del integrismo religioso– consideraba antagónico.

Pero, a la vez, el padre Tomé llevó a los jóvenes a las movilizaciones católicas de la época. En agosto de 1943 asistió con cuatro de ellos a la Asamblea Federal de la JAC en Mendoza, reunida bajo el lema “Fuertes en la fe, viriles en la acción”. Desde entonces, Tomé asistió a todas las movilizaciones, en algunos casos con mucha compañía –sobre todo cuando movilizaba a su batallón de niños– y en otros, con un grupo reducido. A veces reprochó amablemente por su ausencia a quienes habían preferido quedarse jugando al fútbol. Pero nunca con palabras duras o acusaciones. Tampoco con las consignas militantes que abundaban en este tipo de eventos.

Así, en las jornadas del IV Congreso Eucarístico de 1944, en el que se puso tanto esfuerzo y en el que, según el periódico, “se satura el ambiente de espíritu congresal”, el padre Tomé preparó el ambiente con conferencias de esclarecimiento, pero también con un día de campo en una quinta suburbana, con el consiguiente partido de fútbol. La participación chacaritense en ese Congreso, donde las facciones de católicos militantes intercambiaron acusaciones de “fascismo” o “liberalismo”, culminó hacia la medianoche, cuando luego de una reunión de camaradería, “unos jóvenes de la JAC y algunos marijanos con el padre Tomé jacarandosamente volvían al subte después de haber participado en una simpatiquísima reunión juvenil ...”. Ninguna mención a las consignas nacionalistas ni tampoco nada muy específico sobre el material propagandístico de la AC, de cuya existencia no hay mayores registros, quizá porque estos católicos en movimiento no vinculaban su militancia con las consignas generales de la militancia católica.

En Chacarita los católicos se pusieron en movimiento e hicieron su contribución a la movilización general; no eran muchos, aunque hicieron parte de la impresionante cifra global. Pero ofrecen una imagen bastante diferente de la de los activistas de Cristo Rey. En estos jóvenes no se encuentra ni espíritu de cruzada, ni consignas AC, ni definiciones políticas contingentes ni, tampoco, muchas marcas de la devoción militante de la Acción Católica. En cambio, es fácil constatar cuán parecido era este grupo de católicos militantes a otros grupos, también singulares, que se constituyeron en el barrio, como, por ejemplo, los de simpatizantes de un club de fútbol. Si la política dividía a la sociedad en dos, las experiencias barriales parecían ser en definitiva similares.

Epílogo

En 1944, el apogeo de la movilización católica estuvo acompañado de los primeros signos de las divisiones internas, que se polarizaron en torno a Perón y su acción desde la Secretaría de Trabajo. Perón entusiasmó a muchos católicos sociales, que vieron en él al ejecutor de la doctrina de la Iglesia, aunque algunos de sus métodos les resultaran algo heterodoxos. Pero otros católicos, como monseñor De Andrea, denunciaron su proyecto de sindicatos únicos, que liquidaba el naciente sindicalismo católico. Hubo movilizaciones católicas a favor y en contra de Perón. Enseguida se sumó otro factor de división: la acusación al gobierno, que hasta entonces parecía colmar el ideal católico, de ser fascista y antidemocrático. La fisura fue honda entre los católicos. Cuando en 1944 se realizó el IV Congreso Eucarístico, se denunció que muchas familias católicas se alejaron de Buenos Aires, para no convalidar un “acto fascista”.

Estas diferencias se profundizaron en 1945. El final de la Guerra Mundial alentó a los antifascistas, mientras que la cercanía de las elecciones instaló el debate político en el país y aumentó las divisiones entre los católicos. La Iglesia decidió dar un paso atrás y tratar de recuperar la unidad. La apuesta que había hecho por el control del Estado comenzaba a revelar costos muy altos. En vísperas de las elecciones, la Iglesia dio un mesurado apoyo a Perón –o más exactamente, un rechazo a sus adversarios, que reunían a comunistas, liberales y laicistas– pero la división de los católicos se profundizó.

En 1945, el padre Tomé se quejaba de que sus muchachos concurrían a otras movilizaciones partidistas. Tampoco se entusiasmó con el ascenso del peronismo. La elección del 24 de febrero le suscita dos reflexiones, que vuelca, sin firma, en el periódico parroquial. La primera: *¿por quien habrá votado el padre?*; explicable, dado que la división se había hecho explícita aun en el clero. La segunda era más melancólica: *cuánta gente entusiasmada por ir a votar, y qué poca por asistir al culto*. El mismo comentario formula el 1 de mayo de 1946, gran fasto peronista. A fines de 1946, Tomé dio su última batalla, acompañando la gran movilización de la Iglesia ante el Congreso para aprobar el establecimiento por ley de la enseñanza religiosa. En la ocasión, la Juventud de Acción Católica logró reunir a todos los sectores del catolicismo y llevar a cabo una gran manifestación, exitosa si se considera que meses después se produjo la aprobación de la ley.

Así concluyó esta movilización católica. Aunque forma parte de una rica historia de gestas similares, tuvo algo de excepcional, por la conjunción de tres factores: el íntimo alineamiento entre la Iglesia y las Fuerzas Armadas, que en ese momento hegemonizaron el Estado; la estrecha unión entre la Jerarquía y la disciplinada militancia católica a través de Acción Católica, y la movilización

de las bases parroquiales, como fruto de un consistente trabajo parroquial. A todo eso se sumó un proyecto –la construcción del orden cristiano– que en ese momento pareció viable y que, en un contexto de alta polarización política, generó la electricidad necesaria para poner en movimiento al unísono a todas las partes del catolicismo.

Este movimiento tuvo contradicciones, que hemos ido señalando. El intenso conflicto político en el seno del gobierno impidió que la unión entre la Iglesia y las Fuerzas Armadas conservara la integridad de los primeros momentos; la contaminación de la movilización católica con la de los nacionalistas y luego la de los peronistas dividió a los cuadros militantes; finalmente, la lógica de la vida social barrial, donde las cosas se vivían de modos mucho menos dramáticos, atemperó la fuerza de las movilizaciones.

De ahí en más, la Iglesia abandonó ese método. Si bien a fines de 1954 el ejército de Cristo Rey volvió a movilizarse, como consecuencia del conflicto con Perón, y contribuyó eficazmente a su caída, el movimiento católico se dividió al día siguiente del evento. De ahí en más, la Iglesia renunció a su aspiración de construir un Estado cristiano y se concentró en la defensa de sus reclamos corporativos, un terreno en el que logró importantes éxitos. Desde 1966, el Concilio Vaticano II y la teología de la Liberación alimentaron una nueva versión de la movilización católica, que encontró su sujeto en el pueblo peronista, considerado *pueblo de Dios*. Fue una experiencia apasionante. Pero a diferencia de la anterior, faltó la unanimidad; desde el comienzo, el Ejército de Cristo Rey marchó dividido.